



La sonrisa
de los pájaros **Lea**
Vélez



DESTINO

La sonrisa de los pájaros

Lea
Vélez

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1451

© Lea Vélez, 2019

Representada por la Agencia Literaria Dos Passos

© Editorial Planeta, S. A. (2019)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2019

ISBN: 978-84-233-5487-0

Depósito legal: B. 1.536-2019

Impreso por Black Print

Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Los crímenes nos agarran. Apelan al instinto de supervivencia. Plantean problemas esenciales que debemos resolver. Todos somos esa madre, con esos niños y ese perro de lanas que pasean por el campo, recogiendo margaritas, entre risas y canciones. Somos la familia que, sin hacer mal a nadie o cometer imprudencias, encuentra la muerte en el lugar más bello de la tierra.

¿Por qué? ¿Qué provocó la catástrofe? ¿Pudo ser de otra forma? ¿Cómo afecta la mala suerte, el destino, a nuestras vidas? ¿Qué unión de circunstancias invisibles llevaron a cambiar de rumbo su historia? Esta vida podría ser tu vida, mi vida, igual que esa muerte es nuestra muerte, cercenada en la locura de un instante.

Me llamo Alma Guerrero. Soy periodista, escritora y vivo de contar ficciones basadas en la realidad. Aunque he cambiado los nombres y las profesiones de algunos de los implicados en lo que la prensa española llamó «El crimen del milano negro», todo cuanto voy a relatar ocurrió más o menos así, a pocos pasos de donde hoy me encuentro.

En el año 1996 yo tenía catorce años. Era una adolescente insegura, bastante mona, cariñosa, protegida por mi familia, feliz en la trinchera del hogar y, sobre todo, imaginativa. Mientras me recuperaba de mis heridas en el hospital, tras un accidente de coche del que ya hablaré más adelante, la sociedad española se vio sacudida por un suceso de los que paran las rotativas, se comentan desde todos los ángulos y exponen a víctimas y a verdugos a la voluntad de un público voraz de información. Un desconocido atacó a martillazos a una madre y a sus dos hijos, en lo que parecía un crimen aleatorio, mientras atravesaban un paraje campestre, en los montes cercanos a una urbanización de la sierra madrileña llamada Paraíso. Vera, Mila y Pablo eran atractivos, dulces, inteligentes. Sus vidas de clase media acomodada, segadas por la maldad de los cuentos modernos, reunieron todos los ingredientes para que eso que llamamos «un hecho real» se convirtiera en una novela de ficción.

Hace unos días se cumplieron veinte años del crimen y hoy se cumplen veinte años desde que salí de ese hospital, donde mi única diversión era un televisor que se mantenía encendido a base de monedas de veinticinco pesetas para emitir sin tregua largos programas escabrosos sobre crímenes. Las noticias y los reportajes del suceso distraían mi atención de cosas más graves o más incomprensibles: la muerte de mi propia familia.

Sentía voracidad por saber sobre ese crimen, no solo por escapismo, también porque sucedió a quinientos metros de mi casa. Había otro motivo: nadie

me hablaba de mi accidente, todos hablaban de los Salaverría y, por alguna fusión de desgracias, hice mía su historia, como si en la resolución de aquel asesinato estuviera el final de mi drama interior.

Me perdía muchas cosas. La culpa era de las enfermeras, que me apagaban la televisión por miedo a que me traumatizara, pero lo que sí recuerdo muy bien es el primer reportaje que vi sobre el suceso. Era un programa lleno de sensiblería y participación popular. La reportera, con el micrófono en la mano, estaba enmarcada por una frondosa arboleda. Más lejos: las montañas, las nubes, los campos de alfalfa, el arcoíris y los trinos de los pájaros. Miraba a cámara mientras, desde la felicidad campestre, decía: «Los cuerpos salpicados de sangre de Vera y sus dos hijos mellizos, de nueve años, se encontraron junto a un arroyuelo, entre los árboles. Los vecinos de la mujer asesinada la describen como una amante de la naturaleza y una madre modélica. La perrita de la familia también ha sido asesinada». El espanto de lo que contaba aquella reportera era el absoluto opuesto a la belleza que rodeaba sus ojos azules y su naricilla recortada. Pensé que era un oxímoron, dos mundos enlazados, el absurdo. Tan absurdo como la sonrisa de los pájaros.

Imaginé las familias que dibujaba de niña. Todas eran felices, entre flores de amapola, con el sol amarillo en lo alto, las montañas marrones de picos nevados detrás, el césped verde, las amplias sonrisas del papá y la mamá, y las dos niñas que éramos mi hermanita y yo, pintadas con ropa de colores brillantes. En mis dibujos siempre añadía a nuestro gato Raúl y, a veces, ponía un arcoíris y muchos pájaros. Esos pájaros de un trazo, que son como guiños en el cielo. Pensé en el comienzo de *Ana Karenina*, la famosa frase de «Todas las familias felices se parecen» y me dije: «Sí. Esto es lo que ha hecho el asesino. Ha tachado de mi precioso dibujo a la familia ideal que todos llevamos en el corazón». Era obvio pensar que aquel hombre pertenecía al otro tipo: al de las familias infelices que, según Tolstói, «son desgraciadas cada una a su manera». Quise comprender cuál era esa manera y es posible que este crimen me impulsara a ser periodista y, más tarde, escritora. La muerte violenta fue el comienzo de mi adicción a las palabras.

En este tiempo, he vivido en seis países europeos, he estudiado dos carreras: literatura inglesa y perio-

dismo, he tenido unos quince amantes que nunca llegaron a quererme. Muchos estaban casados. He escrito cuatro libros, el último con un inexplicable éxito de ventas. No he tenido hijos, no he formado una familia y no he plantado ningún árbol. Nada de todo ello me ha hecho feliz y creo que por eso estoy de vuelta en Paraíso, entre los bosques donde me crié. Aquí, alguien a quien no conozco de nada me convirtió en la mujer que soy.

Tecleo: «El crimen del milano negro. Novela de ficción basada en hechos reales. Alma Guerrero». Sé que este título es provisional. Sé que cuando ya esté escrito, el libro buscará su propio nombre. Lo que aún no sé es que yo también soy una especie de página en blanco, aún por escribir, y que, inevitablemente, me convertiré en otro de los personajes de esta investigación.

Los nombres son profecías. Por eso me fascinan. Me favorece el nombre. Me hace sentir liviana, indestructible. Desde muy niña fui alma, fui guerrero, esto labró mi fortuna. Le achaco al nombre y al apellido haber sobrevivido a las burlas de las otras niñas, a que me hicieran el vacío o se riesen de mis zapatos nuevos. Yo no sabía que el odio que parecían sentir hacia mí era otra cosa más compleja. Creía que mi ropa les provocaba. Todo se lo achacaba a la ropa. Cuando mi madre me compraba una falda bonita, me hacía más ilusión que un juguete. Enseguida quería estrenarla, al día siguiente. Recuerdo una falda larga, con estampado de florecitas discretas, tonos marinos, añiles y dos sencillos tirantes. Recuerdo haberla colocado, con la anticipación del estreno, en la silla junto a mi cama, con una camisa blanca y los leotardos azul marino (aquella prenda de las niñas que era mezcla de necesidad y tortura). Esa mañana, como todas las que estrenaba ropa nueva, me vestí nerviosa, pensando en mis compañeras de clase: ¿y si se ríen? ¿Qué van a decir? ¿Y por qué se van a reír? No hay nada malo en esta fal-

da. Es bonita. Es sencilla. Pero los nervios estaban ahí, porque mi corazón sabía que la ropa nueva era una provocación al enemigo. Por suerte, hasta sexto o séptimo curso llevábamos un babi largo, como una bata de médico, que me cobijaba algo, no mucho, de su censura. Yo abotonaba bien el babi y a lo largo del día lo iba abriendo poco a poco, para que se viera la ropa nueva solo a pedazos. Aun así, daba igual lo que hiciera, la ropa que llevase, lo que dijese, todo, porque el problema era justo el contrario. Mi ropa sí que les gustaba. Les encantaba, pero era mía. Por este mismo motivo, porque el campo me gustaba, a mis treinta y cuatro años me burlaba de la gente que vivía en el campo, que se había comprado una casa en mitad de la nada, condenados a la carretera y a los atascos para entrar en la gran ciudad. Yo tenía envidia de esas vidas de cuento campestre, así que despreciaba el feliz encanto de lo bucólico porque todos los cuentos suceden en algún bosque, entre rosales y espinos, ríos y cabañas de caperucita. El campo era para mí un engaño social. Tenía envidia del amor de las parejas, de los hijos rubios y sanos, de sus piscinas y sus céspedes con riego por aspersión. Tenía envidia de que formaran familias felices, unidas, alegres, porque yo había perdido a la mía y se odia lo que se anhela, como ya he explicado. Estos mismos campos que ahora visitaba de forma provisional habían sido lugares felices de la adolescencia, y siempre duelen los rincones de pandilla o instituto, de comer pipas en el parque, de motos o de bicicletas junto al pantano. La nostalgia es dolor y melaza. Salsa china del corazón. En eso pensaba, además de

en hacer metáforas irónicas, mientras la niña que fui le enseñaba a la adulta que soy las habitaciones de la casa ruinoso que había alquilado en busca de respuestas.